

México: el desafío estético de la desaparición forzada

Mexico: the aesthetic challenge of forced disappearance

JEAN-LOUIS DEOTTÉ
Universidad París VIII, Francia

RECEPCIÓN: 07/04/2015 • ACEPTACIÓN: 30/06/2015

RESUMEN Este ensayo constituye una reflexión sobre la estética de la desaparición forzada a partir del caso mexicano relativo a la desaparición de 43 jóvenes normalistas de Ayotzinapa, hechos acaecidos en octubre de 2014, en el estado de Guerrero (México). Se analiza el soporte fotográfico de estos crudos acontecimientos y se pone en relación con la función de la imagen en otros casos de grandes crímenes contra la humanidad estableciendo una genealogía de la estética de la desaparición. Se exponen quince afirmaciones sobre la estética de la desaparición que permiten debatir sobre nuevas y viejas formas de violencia organizada, particularmente en el escenario latinoamericano.

PALABRAS CLAVE México, desapariciones forzadas, fotografía, individuación, estética de la desaparición.

ABSTRACT This essay is a reflection on the aesthetic of forced disappearance based on the case in Mexico in October 2014 in which 43 young students from Ayotzinapa, in the state of Guerrero, disappeared. We analyse the photographic support of this shocking event and relate it to the function of the image in other cases of serious crimes against humanity, establishing a genealogy of the aesthetic of disappearance. We present fifteen declarations

on the aesthetic of disappearance which enable us to debate on old and new forms of organised violence, particularly in the Latin American context.

KEYWORDS Mexico, forced disappearances, photography, individuation, aesthetic of disappearance.

Introducción

México, que a diferencia de la mayor parte de los Estados latinoamericanos había escapado de los golpes de Estado y de una política terrorista programada de la desaparición, vuelve a descubrir la palabra «desaparición forzada». En efecto, la represión sangrienta del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas y luego la lucha contra la extrema izquierda, a comienzos de los años setenta, tuvieron como consecuencias la desaparición de varios cientos de personas.

A partir de entonces, México debe afrontar el «acontecimiento» de la práctica terrorista de la desaparición, conceptualizándola y estetizándola. Entonces, se debe aceptar —a regañadientes— la idea de que la hiperviolencia que reina en algunas regiones, en particular en los estados fronterizos del Norte, quede en la impunidad total, cuestión que constituye la temática del escritor chileno Roberto Bolaño (2006), y que consolida efectivamente una realidad sociopolítica, a pesar de la aspiración a una modernidad radical. La paradoja del México contemporáneo se resume en la fórmula foucaultiana: como la bio-política reivindicada («hacer vivir, dejar morir»). Ahora bien, ¿puede conciliarse con el «dejar vivir y hacer morir» arcaico?

Es quizá la fantasmagoría del mestizaje, muy enriquecida por los valiosos estudios de Gruzinski (2012), la que se hace pedazos, porque incluso si el «sistema» colonial «de las castas» ha sido oficialmente abandonado desde la Independencia y la Reforma, no es menos cierto que el color de la piel de un individuo sigue siendo un factor implícito de clasificación social. No es azaroso que el primer discurso de Enrique Peña Nieto —actual presidente mexicano— en la ONU se haya referido a la discriminación de la que son víctimas los indígenas de su país, ni tampoco que la ley de México D.F. exija poner en la entrada de los bares y restaurantes, en un lugar visible, el siguiente aviso: «En este establecimiento no se discrimina por motivos de raza, religión, orientación sexual, condición física o socioeconómica ni por ningún otro motivo».

Por otra parte, el actual Presidente ha prometido, en 2013, que a nivel



Imagen 1. Reconstitución de una célula colectiva.
Centro Cultural de la UNAM, Tlatelolco.

federal la desaparición forzada entraría en el Código Penal, caso que precedentemente no se consideraba. Esta modernidad mexicana reafirma que nadie está excluido del círculo de la humanidad. Esta voluntad de inclusión que tiene su origen en el movimiento europeo de la Ilustración, y en particular en el reconocimiento de la humanidad de la locura, contradice claramente la tesis de Foucault sobre la exclusión general de los «discapitados del signo» debido a la invención del encierro en el Hospital General en el momento «clásico» (Foucault, 1972). El problema filosófico de los foucaultianos es confundir el orden de hecho con el orden de derecho, lo que es inevitable en el marco de una estricta filosofía del poder como única sustancia.

En México, la práctica mafiosa del rapto ha sido frecuente y puesta a prueba por un acontecimiento político: la desaparición forzada de un grupo de jóvenes nacidos en sectores pobres y de origen indoamericano, estudiantes de una escuela normal rural, reconocidos por su activismo político en uno de esos estados, como el de Oaxaca, donde la lucha entre los profesores y las autoridades tomaron formas muy violentas. Poco a poco, se fue tomando conciencia de la dificultad de circunscribir este acontecimiento, de ahí la referencia inmediata al eslogan de las abuelas argentinas de la Plaza de Mayo («¡Reaparición con vida!») y a la utilización de las fotos de los desaparecidos como armas políticas. En este sentido, será necesario reconsiderar el rol de la fotografía,

no como un arte, sino como elemento central en la constitución técnica de los grupos sociopolíticos.

Allí donde la fiesta de los muertos se impone desde hace siglos como el gran momento festivo del año (aunque en competición con Halloween y sus brujos), resulta difícil a los artistas «comprometidos» hacer un homenaje a los desaparecidos. En la calle central de Oaxaca entregada momentáneamente a las carpas de los profesores contestatarios (porque el movimiento perdura aún en 2014), donde se exponen —de acuerdo con la tradición— decenas de altares de muertos, la arena esparcida permite sostener una inmensa cabeza de un muerto, como también otras 43 cabezas de pequeñas dimensiones; como si los desaparecidos no existieran, como si fueran individuos cuyo deceso no se ha comprobado. Conviene entonces honrarlos como a cualquier otro difunto, lo que implica aceptar los alegatos en contra del Estado en un ambiente de alegría, bailando al ritmo de ¡una samba militante! Alrededor, desfilan grupos de esqueletos «Catrina hembra», cubiertos con sexys trajes europeos.

Desde estos acontecimientos, que se sufren en México, podremos extraer 15 afirmaciones con respecto a una estética de la desaparición.

1) Algunos piensan que las imágenes son como objetos técnicos: neutros. Disponibles. Lo que haría el utilizador, como el espectador de una obra de arte, es que haga un buen uso o no, estético o político. La analogía puede demostrarse rica, a condición de recordar que ninguna herramienta es neutra. Menos aún un conjunto de herramientas llamadas máquina. Esto debido a que una máquina transforma el medio natural al que se aplica y lo transforma en un «medio asociado», integrándolo a un cierto número de sus estructuras. Existe un largo tiempo en que las imágenes fueron integradas a las estructuras de tal o cual medio sociohistórico, modificándolo de vuelta, lo que implica que un cuerpo de imágenes debe ponerse en relación con su medio asociado, como sucede, social y políticamente, dándole sentido. El libro de fotografías de la Guerra Civil de Algeria de Omar Daoud (Daoud, 2007), es de esos textos que deben ser integrados e interpretados en relación con el colectivo algeriano de las «madres de los desaparecidos» que le dan sentido. No obstante, este colectivo no habría existido sin sus representaciones, sin estos testimonios, sin estas cartas enviadas en vano por los padres de los desaparecidos políticos a los representantes de un Estado que no tiene necesidad de un pueblo. El pueblo algeriano, para el Estado del mismo nombre, es un pueblo entre otros: los ingresos de la explotación de la energía petrolera constituye una renta suficiente. Pero todos los pueblos de Estado en que los recursos son de esta naturaleza,



Imagen 2. Omar Daoud: Grupo de desaparecidos.

no se ven reducidos a la misma situación. En este sentido, ¿la Rusia de Putin constituirá parte de esta realidad?

2) Las imágenes políticas nos retendrán particularmente, porque se encuentran en el entrecruzamiento de dos lógicas independientes: la política y la técnica, aquí de tipo imaginativa. Estas mismas lógicas dependen de regímenes diferentes de lo simbólico, de la cosmética. Podemos caracterizar rápidamente los regímenes de lo simbólico y entonces de la memoria colectiva: el régimen narrativo que constituye el hecho de las sociedades contra el Estado y de sociedades tradicionales o paganas; el régimen de la revelación que, de hecho, corresponde a las sociedades teológico-políticas como el Cristianismo y el Islam; y el régimen deliberativo para las sociedades democráticas-capitalistas. Estos corresponden a regímenes de la cosmética que permiten a los grupos sociales individuarse.

3) Cada régimen tiene una relación específica con el acontecimiento: el primer hecho hace todo para extenderse en nombre de la repetición de lo Mis-

mo (el orden social legado por los ancestros míticos), el segundo lo transforma en un acontecimiento mayor (cf. la escritura de las Tablas de la Ley por Moisés), condicionando toda esperanza de retorno, y el tercero se abre a lo largo de la indeterminación simbólica. Si se sigue esta tripartición el mundo precolombino y sus imperios incas, aztecas, etcétera, se introducen entre las dos primeras relaciones, como si el mundo de la repetición mítica de lo Mismo hubiese entrado en un devenir imperial, dando así un lugar especial a los invasores europeos.

4) En efecto, Lefort —como resultado de su lectura de Tocqueville— considera la democracia como un régimen sociohistórico que nace de la indeterminación creciente de los puntos de referencia simbólicos, sobre las ruinas de una sociedad teológico-política de la incorporación y de la encarnación (cf. el Ancien Régime en Francia; Lefort, 2001). La tesis es la siguiente: a partir del momento en que la sociedad no se encarna más en el cuerpo del rey, todo lo que aparecía hasta entonces como dado por anticipado por una especie de don divino del sentido o del destino (la finalidad del orden social, las distinciones sociales y sexuales, los medios para alcanzar a los propósitos colectivos, etcétera), se vuelve objeto de una deliberación y, por tanto, de un debate en que las partes no terminan de dividirse sobre cualquier cosa.

5) No solamente el poder, el saber y la ley se desvinculan, sino que esta primera diferenciación implica otros elementos. Se puede hablar, entonces, de ontologías regionales, porque planos enteros de la realidad se separan unos de otros, adquiriendo cada vez mayor legitimidad, saber y poder (la religión, la ciencia, la ética, la estética, la técnica, etcétera). Esta es la constatación que ya hacía Schiller (1779) al final del siglo XVIII, de una humanidad y de un hombre divididos. De aquí según él y a partir de él, la utopía de un hombre es la propia de una sociedad reconciliada del hecho de la estética. Es evidente que este movimiento de diferenciación democrática surge de sí mismo y que los límites de lo simbólico retroceden constantemente, generando, según Lefort, una angustia del desmembramiento de lo que queda del cuerpo social. Las ficciones catastrofistas de una sociedad unidimensional, de un espectáculo generalizado aliena todo comportamiento auténtico porque lo supone armonioso; los idilios rousseanistas, de una buena sociedad, no conocían la desigualdad, por lo tanto, son proporcionales a la creciente diferenciación.

6) Desde muy temprano, Lefort ha analizado el totalitarismo necesariamente moderno, como una tentativa de generar fantasmagóricamente un cuerpo social y político reunificado bajo la tutela de un egócrata (Hitler, Stalin,

Mao, etcétera). El totalitarismo fue entonces descrito como el riesgo mayor de la democracia, un deseo de fusión alojado en el corazón de la experiencia democrática de la división.

7) Este horizonte deliberativo está en el corazón de la concepción de Rancière acerca de la acción política. En efecto, los que no tenían aún un lugar socialmente reconocido, los que no eran parte, son conducidos sobre un fondo de igualdad —esencial entre los locutores humanos— a constituir un objeto colectivo de litigio, a configurar un lugar público y, por tanto, a argumentar de cara a los que, a priori, incluso no les ven (los que toman parte en el orden social, la polis). En resumen, los invisibles, deben compartir de otro modo lo sensible para volverse visibles. El recurso a las imágenes, como a la literatura, deviene esencial; las imágenes son entonces armas políticas que operan incluso inconscientemente porque constituyen el conjunto de nuestra sensibilidad que a fin de cuentas acepta ver lo que hasta entonces quedaba en la sombra. Un nuevo medio asociado surge a la distinción de lo sensible. Y como la política es un asunto de apariencias que se da de sí misma (Benjamin), siempre sin darse cuenta (Arendt), los actuantes en la escena pública deben unirse para existir ante los ojos de los otros. Ellos deben aparecer con lo mejor de sí mismos (es siempre un asunto de decoro y de elocuencia), sometién dose al aparato estético dominante que separa lo que puede surgir como acontecimiento y lo que queda como inconcebible. Podemos remitirnos a los retratos de los grupos de Comuneros de París en 1871, todos orgullosos y armados en sus barricadas, desafiando al enemigo versailés que más tarde utilizará estas fotos para condenarlos en el mismo lugar y fusilarlos. La mayor parte desaparecieron y sus restos fueron arrojados a fosas comunes. La fotografía constituye entonces el único testimonio de sus existencias. Al mismo tiempo, la fotografía fue utilizada como arma política, por los mismos vencedores, para justificar la represión de la Semana Sangrienta: el fusilamiento de los «secuestrados de la calle Haxo» fue reconstituido después de los hechos como una escena de teatro, con actores, y las fotos muy difundidas por la prensa estatal dirigida por Thiers.

8) Pero en unos y en otros (de Lefort a Rancière), el esquema marxista de la lucha de clases continúa imponiéndose. En el fondo, la división es esencialmente social y política. Con Lyotard (1989), el campo potencial de la división se extiende a los conflictos entre regímenes de lo simbólico. Es que Lyotard, que había participado activamente en el movimiento de liberación de Algeria, hizo muy temprano el análisis de la situación colonial en que una norma se impone a otra, dejándola sin voz, por ejemplo, como observamos en la norma

deliberativa imponiéndose a la norma de la revelación. Los conflictos pueden concernir regímenes heterónomos de la imagen; a saber, conflictos sobre el rechazo de la imagen: Lyotard llevará a cabo, a partir de Kant, toda una reflexión sobre lo sublime como «presentación que existe de lo impresentable». Se asiste, entonces, a una profundización de la indeterminación simbólica en cuanto a los puntos de referencia culturales; los más integrados, implícitamente, exacerbando la confrontación con otros puntos de referencia culturales. Existirán, en este punto, diferendos cosméticos.

9) De lo político a lo social, de lo social a lo cultural, una revolución en camino produce mucho ruido; no obstante, los acontecimientos más consecuentes son frecuentemente silenciosos: el cuestionamiento de la división social de los sexos, el feminismo, la cuestión del género, la transexualidad, la reivindicación de una no-discriminación concerniente a las homosexualidades, movimiento que tocaba la división de los sexos del hecho de su reciente indistinción podría ser aún calificada de democrática. Pero, ¿y la homoparentalidad? ¿Y las madres portadoras? ¿Y los trasplantes de órganos? Son entonces los puntos antropológicos de apoyo que a su vez se vieron cuestionados, del hecho de su cuestionamiento, por avances sociales y técnicos considerables. Lo que viene a su vez a erosionar la simbolicidad y la cosmética. De ahí en el marco de la biopolítica la lucha del Estado mexicano contra todas las discriminaciones.

10) A esto se agrega el cuestionamiento de la distinción simbólica de la humanidad: la que existe entre los muertos y los vivos, producto de la política terrorista de Estado inaugurada por los nazis (política NN: Nuit et Brouillard). Esta política es distinta de las genocidas, porque apunta a las individualidades. Entre más fuerte es la individuación en una sociedad, mayores singularidades se mantienen entre las numerosas relaciones; los que actúan son aparecedores (*apparaissants*) y mayor es la tentación de un Estado terrorista por debilitar los vínculos interpersonales sin los cuales no hay verdadera individuación. En efecto, si un grupo no fuera más que una suma de individuos ya constituidos, al hacer desaparecer uno no se lograría gran efecto. El grupo encontraría igualmente razones suplementarias para luchar por simple espíritu de venganza. Para concentrarse en los canales constitutivos de los individuos, hay que dedicarse precisamente al proceso psicosocial por el que los individuos van hacia una mayor individuación. Es Simondon quien permite comprender que un individuo del grupo es mucho más que un grupo de individuos.

11) Para decirlo de otro modo, la guerra clásica problematizaba más a los grupos que los individuos, donde los individuos tenían entre ellos relaciones

ya establecidas y estables; la mayor parte del tiempo jerárquicas (el Ejército). Desde la «guerra sucia» de Algeria en el México de hoy, los individuos del grupo están en curso de individuación, ya que los individuos se abren siempre más a nuevas relaciones entre ellos. La «guerra sucia» genera angustia en cada uno porque ella se concentra en lo transindividual, en el proceso por el que los individuos en relación se individualizan en relación a la individuación del grupo que los conduce y que ellos conducen. Es entonces lo preindividual que lo invade todo.

12) La guerra clásica busca los canales relacionales ya constituidos, los individuos que sobreviven después de un trabajo de duelo y deben desviarse de los vacíos dejados por las pérdidas humanas. La nueva guerra que es esencialmente una guerra civil, es una guerra conducida por el Estado terrorista y sus escuadrones en contra la sociedad; por ello el proceso de individuación se hace regresivo. Es propiamente hablando una guerra antisocial. Es la razón por la cual la angustia, que es el retorno de lo preindividual, sumerge a los individuos. La angustia producida por la desaparición forzada de un cercano es mucho más invalidante que la muerte sufrida, seguida de rituales funerarios, el cual ubica al occiso en una genealogía. La muerte prolonga, de una cierta manera, las relaciones que los vivos tienen entre ellos, instaurando entre el fallecido y los vivos, un corte que devendrá cada vez más grande (cf. la Fiesta de los Muertos, el 2 de noviembre en México). La desaparición, al contrario, significa bruscamente la ausencia de los vínculos: la individuación se derrumba, tanto como los individuos que se ha hecho desaparecer, constituyen los mejores espectros de sí mismos.

13) Más radicalmente, si un grupo se individualiza del hecho de la individuación de sus miembros, algunos de entre ellos emergen como siendo sobreindividuos («líderes»): los individuos reconocidos por todos son como representantes indiscutibles (políticamente, artísticamente, socialmente, etcétera). Las expectativas, haciéndolos desaparecer, corresponden —de alguna manera— a privar el proceso de individuación de los pilotos. La «guerra sucia» es selectiva, ella engulle al hijo mayor y no al menor, al líder de la organización comunitaria y no al militante cualquiera, al cantante estrella y no al fan. El número de desaparecidos en Chile fue limitado, lo que no limita la política del terror, sino más bien al contrario. Las purgas de Stalin, sobre todo en los años treinta, fueron más «quirúrgicas», incluso a una gran escala, que genocidas, mientras que el nazismo fue esencialista (principio de la raza) y, por tanto, genocidario.



Imagen 3. Fotos de los desaparecidos mexicanos.

14) Es la razón por la que las fotos de Omar Daoud son psíquicas y colectivas, no se limitan como lo haría un Boltanski a mostrar fotos de identidad ampliadas y por el resto llenas de anónimos. Los desaparecidos están aquí, pero también en el medio geográfico, rural y urbano; social: los lugares de convivencia, el café, la calle, las plazas; el trabajo: el conducir, la cocina, el lavado; la casa: el medio familiar, la madre, el dormitorio, la cocina, la infancia, el pasado, la fraternidad.

15) Incluso si la pintura de los grandes muralistas mexicanos no es de nuestra época, por ser demasiado ideológica, la tentación de la representación persiste para testificar. Además, están los monumentos a los héroes tal como se los ve en la Avenida Reforma¹ y en los muros del gran listado de nombres en el Cementerio General de Santiago de Chile.² No obstante, lo que es inmediato y

1. Para los lectores no mexicanos es importante destacar el significado en la historia «simbólica» los diferentes monumentos a los héroes en la Avenida Reforma de la Ciudad de México, donde hay monumentos a Colón, Simón Bolívar y José de San Martín entre otros.

2. En el Cementerio General en Chile se ha construido un Memorial del Detenido Desaparecido y del Ejecutado Político que recuerda a las víctimas de la dictadura militar chilena. El memorial fue inaugurado el 26 de febrero de 1994. Está construido en mármol. Reza en su frontis: Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas.... En su ala izquierda aparece la lista de detenidos

absolutamente necesario es un legado general de la sociedad acorde a la práctica de los hijos argentinos y de sus encerradas. Como también, el memorial como el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago, y la obra subterránea de Alfredo Jaar (*Géométrie de la conscience*). Pero quizás el mayor obstáculo en México para una concepción verídica de la desaparición forzada, es el poder de las relaciones simbólicas que vinculan los vivos a los muertos, en particular con ocasión de la Fiesta de los Muertos. Será muy difícil no transformar a los desaparecidos en desparecidos. Pero la matriz de esta civilización, que invierte la cosmética, occidental no se encuentra en Teotihuacan: ¿no será en el complejo muerte del Museo de Antropología de México?

Para terminar indiquemos solamente que en esta situación de los desaparecidos, que es parte de la historia de terror que ha vivido América Latina, han surgido movimientos de gran importancia en la lucha de los derechos humanos: las Madres de la Plaza de Mayo o las agrupaciones que en diferentes países latinoamericanos exigen «la reaparición con vida de sus hijos». En este sentido, la fotografía de los desaparecidos se vuelve un arma de combate porque es la única prueba de que ellos han existido, y por ello se transforma en un instrumento simbólico-político de importancia tal como lo exponen las 15 tesis de este texto. En este sentido, como lo indicamos, será necesario reconsiderar el rol de la fotografía, ya no como un arte, sino como elemento central en la constitución técnica de los grupos sociopolíticos.

Referencias

- Bolaño, Roberto (2011). 2666. París.
Daoud, Omar (2007). *Devoir de mémoire*. Alger.
Gruzinski, S. (2012). *L'Aigle et le Dragon. Démesure européenne et mondialisation au XVI^e siècle*. París.
Foucault, M. (1972). *Histoire de la folie à l'âge classique*. París.
Lyotard, J.-F. (1989). *La Guerre des Algériens*. París.
Schiller (1799). *Lettres sur l'éducation esthétique de l'humanité*.

desaparecidos y en su ala derecha los nombres de ejecutados políticos. En el centro se encuentra tallado el nombre de Salvador Allende. Se aprecian dos estatuas al frente del memorial: la cara de un hombre y la de una mujer con los ojos cerrados.

Sobre el autor

JEAN-LOUIS DEOTTÉ es filósofo francés, profesor de la Universidad París VIII Saint-Denis. Sus intereses de investigación se centran en la estética, la filosofía del arte y la cultura; y en la filosofía de la tecnología. Su trabajo se centra en las cuestiones estéticas y políticas vinculadas con la desaparición forzada de opositores políticos en dictaduras en América del Sur.

